

Capítulo IV

Movimiento obrero

Los ciclos históricos de la condición obrera minera en Bolivia (1825-1999)*

El desarrollo de la producción minera en Bolivia, desde inicios de la república, se ha caracterizado por la coexistencia de complejas formas de organización del trabajo que van desde el rudimentario trabajo manual en la extracción y refinamiento de los minerales, pasando por organizaciones laborales artesanales y semi-industriales en pequeña escala, hasta modernos sistemas de extracción masiva sin rieles y sofisticados tratamientos computarizados de la roca mineralizada. En la misma medida, la condición obrera de los trabajadores mineros ha estado y está atravesada por el mismo grado de complejización y abigarramiento, con la coexistencia de obreros disciplinados por el moderno régimen industrial, junto a obreros temporarios vinculados a actividades agrícolas comunales y obreros-artesanos distribuidos en unidades familiares o individuales. Igualmente, la subjetividad de clase ha estado marcada por la cohesión corporativa otorgada por los grandes centros mineros donde vivían y trabajaban dos, tres o cinco mil obreros, junto con la subjetividad atomizada del “cooperativista” y los hábitos agrarios esquivos del obrero temporario.

Cada una de estas cualidades técnicas y organizativas ha otorgado a las épocas históricas unas específicas características de la condición objetiva de clase y de las posibilidades de auto-unificación de clase, esto es, de la identidad de clase con capacidad de ejercer efectos políticos en la estructura social.

En general, se puede decir que la condición obrera minera ha tenido tres grandes períodos desde la fundación de la república, correspondientes a tres grandes etapas de las cualidades materiales y organizativas de la producción minera:

* En *Revista Umbrales*, 2000 (La Paz: Cides).

Álvaro García Linera

El obrero artesano de empresa

La primera, de 1850 a 1900, donde la composición del proletariado minero va a estar sustentada en el *obrero artesano de empresa*. Se trata de un obrero agrupado en centros industriales que extraen en gran escala como en Huanchaca, Portugalete, Real Socavón, Chorolque o Antequera, pero no a partir de una especialización globalmente escalonada del trabajo sino a través de una concentración masiva de operarios artesanos que despliegan individualmente habilidades productivas segmentadas. Los trabajadores, aunque comienzan a concentrarse en pueblos, no han interiorizado como hábito y prejuicio colectivo la disciplina industrial, por lo que son poco afectos a unificaciones corporativas que enraicen una identidad duradera. Mantienen fuertes vínculos con la estructura productiva comunal-campesina manifiesta en sus formas de resistencia como el motín, la fiesta, el uso del tiempo y el *cajcheo*²⁰⁸. En estas épocas, a pesar de la gran renovación tecnológica que va a experimentar la minería, cerca del 35% de la producción de empresas “modernas” como Huanchaca va a depender del trabajo *Cajcha* y de la laboriosidad manual de palliris que, como en esta empresa, llegan a constituir el 43% de la fuerza laboral²⁰⁹. Se puede hablar que hasta aquí, la subsunción formal de la fuerza de trabajo al capital sólo ha adquirido la característica de la agregación a gran escala de *operarios artesanos* que, portadores de una productividad autónoma, la ejercen al interior de un sistema industrial sostenido por crecientes procesos de subsunción real²¹⁰ de específicos procesos técnicos como el procesamiento y el transporte. La subsunción formal del proceso de trabajo es, en este caso, primaria, con lo cual la propia subjetividad obrera está anclada en la temporalidad agraria o artesanal más que en la propia industria.

La organización obrera en estos momentos estará marcada por las cajas de socorro o las mutuales con base territorial²¹¹. Básicamente, son estructuras de

²⁰⁸ Rodríguez, G. 1991 *El socavón y el sindicato* (La Paz: ILDIS); también Rodríguez, G. 1986 “Vida, trabajo y luchas sociales de los trabajadores mineros de la serranía Corocoro-Chacarilla”, en *Historia y Cultura* (La Paz) N° 9.

²⁰⁹ Mitre, A. 1981 *Los patriarcas de la plata* (Perú: IEP).

²¹⁰ Marx, K. 1985 *El capital* (México: Siglo XXI) Capítulo VI (inédito).

²¹¹ Lora, G. 1968-1980 *Historia del movimiento obrero* (Cochabamba: Los amigos del Libro) Tomo II-III.

Movimiento obrero

solidaridad por empresa o localidad y con facultades de reivindicación de demandas referidas a un segmentado mercado de fuerza de trabajo. En términos de efecto estatal, su dispersión práctica y simbólica y su intermitente tránsito a los mecanismos de adhesión agrarios permitía que su representación colectiva quedara diluida en las construcciones discursivas y aprestos facciosos con los que partidos y caudillos militares interpelaban al “pueblo” para encumbrarse en puestos de gobierno.

El basamento técnico que sostendrá esta forma de constitución obrera será la de una coexistencia claramente segmentada al interior de cada mina, de medios de trabajo artesanales y manuales en el proceso de trabajo inmediato, con innovaciones en la infraestructura como los rieles y carros metaleros para la extracción y transporte del mineral, acueductos y máquinas a vapor para el desagüe, hornos de doble bóveda, selección magnética de mineral y tinas de amalgamación calentadas por vapor²¹², que culminarán con la sustitución definitiva del antiguo “repasiri” colonial que amalgamaba con los pies el mineral y el azogue²¹³.

Si bien es cierto que a fines del siglo XIX se ha de introducir el uso de dinamita y las máquinas compresoras de aire que preparan una revolución en el sistema de organización del trabajo en el interior de la mina, es una introducción tardía cuyos efectos han de ser limitados por la rápida *debacle* de la minería de la plata y, con ello, de los conglomerados obreros, cerca de veinte mil, que estaban vinculados a ella.

La moderna minería de la plata de fines de siglo, con sus pueblos mineros y conglomerados obreros desaparecerá de la misma manera rápida con la que emergió, cercenando los procesos de acumulación organizativa y subjetiva de ese proletariado minero que nuevamente será lanzado a las haciendas, a las comunidades o al trabajo por cuenta propia. En este sentido es que hay que hablar del fin de un tipo de condición obrera y de la extinción de un ciclo de lenta acumulación de experiencias que apenas llegó a treinta años y que no pudo ser ni mantenida ni transmitida de una manera orgánica, sistemática, a un nuevo contingente obrero capaz de recibir esa labor como herencia sobre la cual levantar nuevas construcciones identitarias.

²¹² Mitre, *op. cit.*

²¹³ Bakawell, P. 1983 *Mineros de la montaña roja* (España: Alianza); Tandeter, E. 1992 *Mercado y coacción: la minería de la plata en el Potosí colonial* (Cuzco: CERA/Bartolomé de las Casas).

Álvaro García Linera

El obrero de oficio de gran empresa

El segundo ciclo de la condición obrera minera se iniciará a fines de la primera década del siglo XX con el repunte de la minería del estaño y la aparición del *obrero de oficio de gran empresa*. En términos técnicos, es un obrero heredero del virtuosismo artesanal del antiguo obrero, pero con la diferencia de que la habilidad portada en el cuerpo y de la que depende la producción, se halla asentada en una nueva realidad tecnológica que se articula en torno a la destreza personal del obrero de oficio.

La pericia (destreza, aptitud) laboral no es de carácter simple y rutinaria como era la del obrero-artesano; la destreza personalmente poseída y depositada en los movimientos del cuerpo es compleja, pues combina varias funciones simultáneas, pero además articula la eficacia de un sistema tecnológico vasto, que despliega su rendimiento en función de la sabiduría laboral poseída por este nuevo obrero. Es un obrero que ya no trabaja con técnicas artesanales sino industriales, pero *supeditadas* al virtuosismo del cuerpo obrero, a sus movimientos, a sus saberes personalizados, que no han podido ser arrebatados por el movimiento maquinal. El modelo paradigmático de este tipo de obrero es el maestro perforista que, rodeado de un almacén de maquinarias y sistema de trabajo tecnificados, desata la productividad de ese entorno mecanizado por el conjunto de aptitudes corporales y conocimientos personales que ha adquirido a través de la experiencia y, sin los cuales, todos los medios tecnológicos se vuelven inoperantes, improductivos. Cosa similar comenzará a suceder con los mecánicos, carpinteros y gente encargada de la prospección.

El obrero de oficio es un obrero que, resultado del nuevo soporte técnico en el trabajo implementado por las principales empresas estañíferas desde la década del veinte y que aniquiló al errático obrero artesano; tiene un enorme poder sobre esos medios de trabajo, pues sólo el obrero y su destreza pueden despertar la elevada productividad contenida en las máquinas²¹⁴.

Este poder obrero sobre la capacidad productiva de los medios de trabajo industrial habilita no sólo un amplio ejercicio de autonomía laboral dentro la extracción o refinamiento, sino que, además crea la condición de posibilidad de

²¹⁴ Sobre el obrero de oficio en la industria, ver Coriat, B. 1985 *El taller y el cronómetro* (España: Siglo XXI).

Movimiento obrero

una autopercepción protagónica en el mundo: la empresa con sus monstruosas máquinas, sus gigantescas inversiones, sus fantásticas ganancias, tiene como núcleo de su existencia al obrero de oficio; sólo él permite sacar de la muerte a ese sistema maquinal que tapiza la mina; sólo él sabe cómo volver rendidora la máquina, cómo seguir una veta, cómo distribuir funciones y saberes. Esta autoconfianza productiva, y específicamente técnica del trabajo dentro del proceso de trabajo, con el tiempo dará lugar a la centralidad de clase, que pareciera ser precisamente la trasposición al ámbito político estatal, de este posicionamiento productivo y objetivo del trabajador en la mina.

Paralelamente, la consolidación de este tipo de trabajador como centro ordenador del sistema laboral creará un procedimiento de ascensos laborales y promociones internas dentro de la empresa, basadas en el ascenso por antigüedad, el aprendizaje práctico alrededor del maestro de oficio y la disciplina laboral industrial legitimadas por el acceso a prerrogativas monetarias, cognitivas y simbólicas, escalonadamente repartidas entre los segmentos obreros.

El épico espíritu corporativo del sindicalismo boliviano nació, precisamente, de la cohesión y mando de un núcleo obrero compuesto por el maestro de oficio, cuya posición recreaba en torno suyo una cadena de mandos y fidelidades obreras mediante la acumulación de experiencias en el tiempo y el aprendizaje práctico, que luego eran transmitidas a los recién llegados a través de una rígida estructura de disciplinas obreras recompensadas con el “secreto” de oficio y la remuneración por antigüedad. Esta racionalidad al interior del centro de trabajo habilitó la presencia de un trabajador poseedor de una doble narrativa social. En primer lugar, de una narrativa del tiempo histórico que va del pasado hacia el futuro, pues éste es verosímil por el contrato fijo, la continuidad en la empresa y la vida en el campamento o villa obrera. En segundo término, de una narrativa de la continuidad de la clase, en tanto el aprendiz reconoce su devenir en el maestro de oficio y, el “antiguo”, portador de la mayor jerarquía, ha de entregar poco a poco sus “secretos” a los jóvenes que harán lo mismo con los nuevos que lleguen, en una cadena de herencias culturales y simbólicas que aseguran la acumulación de la experiencia sindical de clase.

La necesidad de anclar este “capital humano” en la empresa, pues de él dependen gran parte de los índices de productividad maquinal y en él están corporalizados saberes indispensables para la producción, empujaron a la patronal a consolidar el anclaje definitivo del obrero en el trabajo asalariado a través de la institucionalización del ascenso laboral por antigüedad.

Álvaro García Linera

Ello, sin duda, requirió un doblegamiento del fuerte vínculo de los obreros con el mundo agrario mediante la ampliación de los espacios mercantiles para la reproducción de la fuerza de trabajo, el cambio de hábitos alimenticios, de formas de vida y de ética del trabajo, en lo que puede considerarse como un violento proceso de sedentarización de la condición obrera y la paulatina extirpación de estructuras de comportamiento y conceptualización del tiempo social ligadas a los ritmos de trabajo agrarios. Hoy, sabemos que estas transformaciones nunca fueron completas; que incluso ahora continúan mediante la lucha patronal por anular el tiempo de *pijcheo* y que, en general, dieron lugar al nacimiento de híbridas estructuras mentales que combinan racionalidades agrarias como el intercambio simbólico con la naturaleza ritualizados en fiestas, *wajtas* y *pijcheos* o el de las formas assembleísticas de deliberación, con comportamientos propios de la racionalidad industrial como la asociación por centro de trabajo, la disciplina laboral, la unidad familiar patriarcal y la mercantilización de las condiciones de reproducción social.

La sedentarización obrera como condición objetiva de la producción capitalista en gran escala dio lugar entonces a que los campamentos mineros no fueran ya únicamente dormitorios provisionales de una fuerza de trabajo itinerante como lo era hasta entonces; permitió que se volvieran centros de construcción de una cultura obrera a largo plazo, en la que espacialmente quedó depositada la memoria colectiva de la clase.

La llamada “acumulación en el seno de la clase”²¹⁵, no es pues un hecho meramente discursivo; es ante todo una estructura mental colectiva arraigada como cultura general con capacidad de reservarse y ampliarse; la posibilidad de lo que hemos denominado *narrativa interna de clase* y la presencia de un espacio físico de *la continuidad y sedimentación* de la experiencia colectiva fueron condiciones de posibilidad simbólica y física que, con el tiempo, permitieron la constitución de esas formas de identidad política trascendente del conglomerado obrero, con la cual pueden construirse momentos duraderos de la identidad política del proletariado minero como la revolución de 1952, la resistencia a las dictaduras militares y la reconquista de la democracia parlamentaria.

Pero además, la forma contractual que permitió la retención de una fuerza de trabajo errante fue el contrato por tiempo indefinido, tan característico del

²¹⁵ Zavaleta, R. 1985 *Las masas en noviembre* (La Paz: Juventud).

Movimiento obrero

proletariado boliviano en general y del proletariado minero en particular desde los años cuarenta, convertida en fuerza de ley desde los años cincuenta.

El contrato por tiempo indefinido aseguraba la retención del obrero de oficio, de su saber, de su continuidad laboral y su adhesión a la empresa por largos períodos. De hecho, ésta fue una necesidad empresarial que permitió llevar adelante la efectividad de los cambios tecnológicos y organizativos dentro de la inversión capitalista minera. Pero además esto permitirá crear una representación social del tiempo homogéneo y de prácticas acumulativas que culminan un ciclo de vida obrero asentado en la jubilación y el apoyo de las nuevas generaciones. El contrato a tiempo indefinido permite prever el porvenir individual en un devenir colectivo de largo aliento y por tanto, permite comprometerse con ese porvenir y ese colectivo, porque sus logros podrán ser usufructuados en el tiempo. Estamos hablando de la construcción de un *tiempo de clase* caracterizado por la previsibilidad, por un sentido de destino certero y enraizamientos geográficos que habilitarán compromisos a largo plazo y osadías virtuosas en pos de un porvenir factible por el cual vale la pena luchar, pues existe, es palpable. Nadie lucha sin un mínimo de certidumbre de que se puede ganar, pero también sin un mínimo de convicción de que sus frutos podrán ser aprovechados en el tiempo. El contrato por tiempo indefinido del obrero de oficio funda positivamente la creencia en un porvenir por el cual vale la pena luchar, porque, al fin y al cabo, sólo se pelea por un futuro cuando se sabe que hay futuro.

Por tanto, este moderno obrero de oficio se presenta ante la historia como un sujeto condensado, portador de una temporalidad social específica y de una potencia narrativa de largo aliento, sobre las cuales se levantarán las acciones autoafirmativas de clase más importantes del proletariado minero en el último siglo. La virtud histórica de estos obreros radicará, precisamente, en su capacidad de haber trabajado estas condiciones de posibilidad material y simbólica para sus propios fines. De ahí, la épica con la que estos generosos obreros bañarán y dignificarán la historia de este pequeño país.

La base técnica sobre la cual se constituirá esta forma de obrerización de la fuerza de trabajo minera será la de la paulatina sustitución del *diesel* y el carbón de los generadores de luz por la electricidad como fuerza motriz de las máquinas; ferrocarriles y camiones para el transporte de mineral que ampliarán la división técnica del trabajo y sustituirá radicalmente la fuerza motriz del transporte y acarreo. En los ingenios se introducirá el sistema de pre-concentración *Sink and*

Álvaro García Linera

*float*²¹⁶ que acabó por desplazar el trabajo de las palliris, en tanto que en la extracción, ya sea que se mantenga el método tradicional o el nuevo llamado *Block Caving* o excavación por bloques, la tracción eléctrica y el uso de barrenos de aire comprimido o eléctricos, reconfigurará los sistemas de trabajo y consagrará la importancia de los obreros de oficio en los procesos de producción mineros.

Ciertamente no se trata de que esta revolución en la base tecnológica y organizativa del trabajo capitalista creara por sí misma las cualidades del proletariado minero industrial; tal mecanicismo olvida que los sistemas técnicos similares despiertan respuestas sociales y subjetivas radicalmente distintas de un país a otro, de una localidad a otra, de una empresa a otra. Lo que importa, en todo caso, es lo que Zavaleta llamaba el “*modo de recepción* de las estructuras técnicas”, esto es, de la manera en que son trabajadas, significadas, burladas, utilizadas y aprovechadas por los conglomerados sociales. En este acto, el trabajador acude con su experiencia y memoria singulares, sus hábitos y saberes específicos heredados del trabajo, la familia, el entorno local, y es con este bagaje peculiar e irreplicable en otro lugar que resignifica culturalmente los nuevos soportes técnicos de su actividad de trabajo. El resultado de esta lectura y asimilación resultará de la aplicación de diagramas culturales previos sobre la nueva materialidad, con lo que habrá una predominancia del pasado sobre el presente, de los esquemas mentales heredados y las prácticas aprendidas sobre la cualidad maquina.

Pero a la vez, esos esquemas mentales activados, exigidos, sólo podrán ser despertados del letargo o la potencialidad por este nuevo basamento tecnológico, pero además, adquirirán una dimensión objetiva: quedarán enraizados, devaluados o ampliados sólo en la medida de la existencia de esas estructuras técnicas. En ese sentido, existe una determinación de la composición técnico-material sobre la composición simbólica organizativa del trabajador. La interacción histórica de estos niveles de determinación es lo que nos da la formación de la condición de clase. De ahí que no sea casual que los núcleos obreros que más contribuyeron a crear una vigorosa subjetividad obrera con capacidad de efecto político estatal hayan sido los que se concentraban en las grandes empresas en las que estaban instituidas plenamente estas cualidades de la composición material de clase. Patiño Mines, Llallagua, Oploca, Unificada, Col-

²¹⁶ Contreras, M. 1994 *Tecnología moderna en los andes* (La Paz: ILDIS-Biblioteca Minera Boliviana).

Movimiento obrero

quiri, Araca son los centros de trabajo donde se han ido construyendo desde muy temprano modalidades de organización obrera que, desde las cajas de socorro, y mutuales, pasaron rápidamente a las de centros de estudio, ligas y federaciones con carácter territorial; esto es, con capacidad de agrupar a personas de distintos oficios asentadas en una misma área geográfica. Proletarios, empleados, comerciantes y sastres participan de una misma organización, lo que le da una fuerza de movilización local; aunque con mayores posibilidades que los intereses específicos de los asalariados queden diluidos en la de otros sectores poseedores de mayor experiencia organizativa y manejo de los códigos del lenguaje legítimo.

El tránsito a la forma sindical no fue abrupto en estos grandes centros mineros. Primero fueron los sindicatos de oficios varios, emergentes en los años veinte, que continuaban la tradición de agregación territorial: finalmente, se crearon los sindicatos por centro de trabajo que, después de la guerra del Chaco, se erigirán como la forma predominante que adquirirá la organización laboral minera.

A partir de estos nudos organizativos como son sindicatos y asociaciones culturales, con el tiempo se irá articulando una red que dará lugar a la más importante identidad corporativa de clase de la sociedad boliviana, primero en torno a la federación sindical de trabajadores mineros de Bolivia (FSTMB), y luego, después de la revolución de abril de 1952, con la COB. En estos años previos a 1952, y apoyado en la forma institucional del sindicato como lugar de acumulación de la experiencia de clase, se irá enlazando toda una narrativa obrera fundada en el drama de las masacres de obreros con pechos desnudos, mujeres envueltas en banderas tricolores y una autopercepción de que el país existe gracias a su trabajo. El resto de los esquemas mentales con los que los obreros imaginarán su futuro estará guiado por la certeza inapelable de redención colectiva ganada por tanto sufrimiento. Por ello es que se puede decir que desde la revolución de 1952, el obrero minero se ve a sí mismo como un cuerpo colectivo de tormento, portador de un futuro factible que, por ello mismo, porque es viable, puede arriesgarse y pelearse sostenidamente por él. Se trata de una específica subjetividad productiva²¹⁷ que vincula el sacrificio laboral y callejero con un porvenir de recompensa histórica. La duración de estas cualidades organizativas, materiales y simbólicas del proletariado minero que tiene sus inicios en los

²¹⁷ Negri, T. 1991 *Marx más allá de Marx* (USA: Automedia).

Álvaro García Linera

años treinta, su apogeo en los años cincuenta, sesenta, y setenta, y su declinación en los años ochenta del siglo pasado, llegará a su fin, de una manera poco heroica y en gran medida miserable a fines de los años ochenta, con el desmantelamiento de los grandes centros mineros, la progresiva muerte del obrero de oficio y su sustitución por un nuevo tipo de condición obrera.

El obrero de especialización industrial flexible

El fin del ciclo del estaño en la minería boliviana ha sido también el fin de la minería estatal, de las grandes ciudades obreras, del sindicalismo como mediador entre Estado y sociedad, como mecanismo de ascenso social; pero también del obrero de oficio industrial y de la identidad de clase construida en torno a todos estos elementos técnicos, políticos y culturales. Nada ha sustituido aún plenamente a la antigua condición obrera; en pequeñas y aisladas empresas, subsiste parte de las cualidades de la antigua organización del trabajo, unificada en torno al maestro perforista; en otras se ha regresado a sistemas de trabajo más antiguos, manuales y artesanales; pero en las empresas que comienzan a desempeñar el papel más gravitante y ascendente dentro de la producción minera, la llamada Minería Mediana, se está generando un tipo de trabajador que técnica y organizativamente tiende a presentarse como el sustituto del que prevaleció durante sesenta años.

Este nuevo trabajador ya no está reunido en grandes contingentes. Hoy, ninguna empresa tiene más de setecientos trabajadores e internamente se han reestructurado los sistemas de división del trabajo, de rotación, de ascenso y cualificación técnica del laboreo. El nuevo trabajador, a diferencia del antiguo, que cumplía un oficio y ocupaba un puesto en función del aprendizaje práctico en una línea de ascenso rígidamente establecida, hoy es de tipo polivalente, capacitado para desempeñar varias funciones según requerimientos de empresa, y entre las que la perforación o no existe, por la operación a cielo abierto (Inti Raymi), o es una más de las operaciones intercambiables susceptible de ser atendidas tras breves cursos de manipulación de palancas y botones que guían las perforaciones (Mina Bolívar). Por lo demás, esta actividad ya no tiene la jerarquía suprema que anteriormente poseía, además de que ya no culmina una serie de conocimientos transmitidos por un escalona-

Movimiento obrero

miento de oficios que aseguraban una herencia de saberes de clase entre los trabajadores más antiguos y los más jóvenes.

Dado que cada vez cuenta más la eficiencia en las tareas asignadas, la destreza en operaciones de aprendizaje rápido y la capacidad para adecuarse a las innovaciones decididas por la gerencia, toda una carrera obrera de ascensos, privilegios y méritos fundados en la antigüedad y, hasta cierto punto, el autocontrol obrero de su historia al interior de la empresa, comienza a ser sustituida por una competencia por beneficios y méritos basadas en cursos de capacitación (“licencias”), pautas de obediencia, productividad, polifuncionalidad y otros requerimientos establecidos por la gerencia.

Está naciendo, así, un tipo de obrero portador de unos andamiajes materiales muy distintos al que caracterizó al obrero de la Patiño o la COMIBOL.

Dado que el saber productivo indispensable para despertar la productividad maquinal recae menos en el trabajador individual que en los sistemas automatizados y la inversión en capital fijo, el contrato a plazo indefinido ya no se presenta como condición indispensable ni tampoco la retención del personal en función de la antigüedad que estratificaba la acumulación de habilidades y su importancia productiva en la empresa.

En otros casos, la polifuncionalidad obrera que quiebra el sistema de ascensos y disciplinas anterior está viniendo de la mano no tanto de renovaciones tecnológicas, como de reestructuraciones en la organización del proceso de trabajo y de la forma de pagos (Caracoles, Sayaquira, Avicaya, Amayapampa, etcétera). En vez de la anterior división del trabajo claramente definida en secciones y escalones internos, la nueva arquitectura laboral se ha vuelto elástica, obligando a los trabajadores a cumplir, según sus propias metas de pago, el oficio de “perforista”, “ayudante” “carrilero”, “enmaderador”, etcétera; o incluso interviniendo en el ingenio para el procesamiento del mineral. El cambio del sistema de pago por función cumplida o volumen de roca extraída a la de remuneración por cantidad de mineral procesado y refinado entregado a la empresa, ha creado en varias empresas una polivalencia asentada en la antigua base tecnológica, aunque con los mismos efectos disolventes de la antigua organización y subjetividad obrera.

Objetivamente, todas las condiciones de posibilidad material que sostuvieron las prácticas organizativas de cohesión, disciplina, mandos propios y autopercepciones sobre su destino, han sido revocadas por unas nuevas que no acaban aún de ser nuevamente trabajadas para dar pie a nuevas estructuras de identidad de clase. Se puede decir que las estructuras materiales que sos-

Álvaro García Linera

tuvieron las antiguas estructuras mentales, políticas y culturales del proletariado minero han sido reconfiguradas y que las nuevas estructuras mentales y auto-unificadoras resultantes de la recepción de las nuevas estructuras materiales, aún no están consolidadas, son muy débiles y parecieran requerir un largo proceso de totalización antes de tomar cuerpo en una nueva identidad de clase con efecto estatal.

De ahí, ese espíritu atónito, dubitativo y ambiguo que caracterizan los accionares colectivos que de rato en rato brotan de este joven trabajador que está comenzando a generar y a vivir la nueva condición de clase del proletariado minero.

La muerte de la condición obrera del siglo XX*. La marcha minera por la vida

Todo hecho, y con más razón todo hecho social, es una síntesis expresiva de determinaciones de larga trayectoria que se manifiestan contundentemente como acontecimiento, como acto. Su realidad e importancia primaria radica en la explicitación de un conglomerado de vínculos significativos del presente visible, palpable. Pero hay hechos sociales en los que de una manera poderosa el presente y la acumulación connotada del pasado inmediato no son suficientes para entender su significado real y su trascendencia. Son “presentes” que rebasan su época y cuya verdad profunda sólo se ha de hallar en el porvenir. Hablamos entonces de acontecimientos que al momento de suceder no acaban de desplegar toda su verdad implícita que portan y encima marcan una época, porque jalan a los restantes acontecimientos presentes y pasados hacia un rumbo en el que todos han de hallar finalidad y sentido. No son pues acontecimientos cotidianos sino condensaciones de época que, al momento de brindarnos el lenguaje para volver inteligibles los sucesos anteriores, parten la historia, pues anuncian que a partir de entonces otros serán las pautas del devenir social; aunque sólo nos demos cuenta de ello años o décadas después.

La marcha por la vida de agosto de 1986 es uno de esos sucesos que parte la historia social boliviana en dos segmentos distintos. En alguna medida es el epítome heroico, y hasta cierto punto falaz, de un proyecto de modernización iniciado a principios de siglo y que mostró sus límites al ocaso del siglo. De

* En *El regreso de la Bolivia plebeya*, 2000 (La Paz: Comuna/Muela del Diablo).

Movimiento obrero

hecho, en verdad en Bolivia, el fin de época no fue un registro numérico de años sino un acontecimiento social acaecido catorce años antes.

La marcha por la vida fue también la síntesis de una condición social, de unas prácticas colectivas, de un horizonte de vida y de un proyecto cultural de una identidad de clase que había alumbrado e intentado unir con su osadía las dispersas hilachas de nación que deambulan por la geografía intensa de este país. Fue el alarido más desesperado no sólo de quienes, como ningún otro sujeto colectivo, creían en la posibilidad de la nación e hicieron todo lo que pudieron por inventarla por medio del trabajo, la asamblea y la solidaridad; a la vez, fue el acto final de un sujeto social que como ningún otro había abrazado los componentes más avanzados y dignificantes de la modernidad como la cultura del riesgo, la adhesión por convicción y no por filiación sanguínea, la ciudadanía como autoconciencia y no como dádiva y una ambición expansiva territorializada, no familiarizada, de la gestión de lo público que resultan de una interiorización cosmovisiva y crítica de la subsunción real del trabajo al capital.

El resultado trunco de una marcha, que será detenida en Calamarca a punta de bayonetas e impotencias históricas canalizadas como miedos y cálculos, será a la vez el de la extinción de los únicos portadores colectivos de una sensibilidad de modernidad expansiva. Los mineros del siglo pasado fueron lo más positivamente moderno que tuvo este país donde a lo mucho, la modernidad se enclaustra en una fantochería de elite mediante la cual unos cuantos intentan impresionar y distinguirse de los pueblerinos. Los mineros en cambio, fueron lo más auténtico y lo más socializado de lo poco de subsunción real que se implantó en estas tierras; y en sus desplantes colectivos hacia el poder estatal, hacia la tradición filial y hacia el conservadurismo de lo existente practicaron, sin necesidad de desearlo ni exhibirlo, una seguridad ontológica en la historia que no tiene paralelo en la vida republicana.

La belicosidad de su lenguaje, la desfachatez de sus ilusiones en el porvenir con la que los mineros irradiaron el temperamento del siglo XX, le dio una densidad de multitud a las construcciones y sueños colectivos que, vistos ahora a distancia, se muestran tan distintos a la mojigatería cultural y cobardía política de aquellos insípidos pensantes y administradores de corte que han pretendido sustituir con sus veleidades de poca monta a ese gigante social.

Y sin embargo, esta miseria moral se yergue ganadora y vanidosa en los albores de este nuevo siglo. Pero no es la escenificación de un triunfo donde

Álvaro García Linera

una concepción del mundo superó a otra por la pertinencia de sus argumentaciones o la amplitud totalizante de sus percepciones. La significación del mundo neoliberal, sus símbolos abstractos de dinero, individualismo y desabridos sujetos de traje que han sustituido a la asamblea, el guardatojo y la concreción del cuerpo musculoso del minero perforista, no están ahí por sus méritos, porque en verdad ellos no derrotaron a nadie. Son como esos gusanos que están encima del gigante no porque lo derrotaron sino porque la muerte le ha arrebatado la vida. La visión del mundo neoliberal sólo pudo saltar a la palestra porque previamente fue disuelto, o mejor, se autodisolvió, el sujeto generador de todo un irradiante sentido del mundo. ¿Cuáles fueron las kantianas “condiciones de posibilidad” de este derrumbe cuyo significado apenas comenzamos a apreciar ahora aunque su efecto es el fondo sustancial de lo que es Bolivia hoy?

La marcha minera

Era agosto y los mineros comenzaron a llegar de todas partes: macizos y sonrientes *cochalos* de Siglo XX, Huanuni y Colquiri; sobrios y angulosos de Quechisla, Caracoles, Siete Suyos y Colavi; angustiadas señoras de Cañadón Antequera, de San José, de Catavi confluían en la carretera Oruro-La Paz para emprender la gran marcha.

Días antes un Ampliado Minero había decretado una Huelga General Indefinida, las organizaciones cívicas de Oruro y Potosí se habían lanzado a un paro de actividades a nivel regional y el 21 de agosto miles de mineros y pobladores marchaban por las calles de Oruro para, en una asamblea, tomar la decisión de marchar a la ciudad de La Paz de manera inmediata.

Los camiones repletos de mineros gritando sus insolentes consignas y los trenes que venían del sur atiborrados de cascos y banderas, evocaban en la memoria las impactantes escenas de Eisenin sobre la toma de Petrogrado a principios de siglo.

Algo hay en el obrero de cualquier parte del mundo que hace que su presencia tumultuosa opaque el entorno, y su personalidad se imponga sobre la deslucida monotonía del ambiente urbano; pareciera que recién la vida dejara de ser una casualidad despreciable para recordarnos su sentido de grandeza. Ahora era uno de esos momentos; nuevamente los mineros dejaban las herra-

Movimiento obrero

mientas y venían por miles a La Paz, lo cual no es poca cosa si tomamos en cuenta que cuando lo han hecho casi siempre el país vivió insurrecciones o los preparativos para ella.

Pero ahora hay algo que da una tonalidad distinta a los trazos de los rostros mineros; una sensación de incredulidad y cautela muy diferente al certero envalentonamiento de otros años, donde se sabía que el bienestar de los gobernantes ha surgido de la laboriosidad de uno. Ahora en cambio, el Estado, el mayor empresario minero país, está cerrando las minas, está estrangulando las pulperías, está ofertando bonos para los retiros. No se trata de deshacerse de los obreros más revoltosos para que los sustituyan obreros sumisos, ni siquiera se trata de reducir costos de operaciones para ampliar las ganancias como sucedía en cada asonada militar. Se trata de algo peor que eso; está en marcha el abandono productivo de los centros mineros, el cierre de operaciones y, con ello, la muerte del fundamento material de la condición obrera minera más importante de los últimos cien años.

Junto con el cierre de operaciones de la empresa Comibol se está decretando la extinción del fundamento material de la historia de una clase, que se había formado entre privatismo y estatismo en sesenta años; pero a la vez, se derrumba la fuente de una certeza colectiva que alimentaba una confianza en el porvenir y una audacia colectiva memorable en torno a la cual se habían constituido mitos sociales alrededor del comportamiento revolucionario de los mineros. El desabastecimiento de pulperías, la suspensión de los envíos de material de trabajo, la retención de las sobrehoras, el abandono de la prospección en los últimos meses no respondían sólo a una mala administración gerencial: era el preludio de la parálisis productiva del aparato minero estatal, de un tipo de formas de trabajo y organización laboral que finalizaría en enero del 2000 y, con ello, de los soportes estructurales de las relaciones de fuerza creadas y mantenidas a lo largo de tres décadas y media.

El cierre de operaciones de la mayoría de las empresas estatales silenciosamente dispuestas por el presidente no era entonces una penalidad más en el largo camino de extorsiones que la familia minera había sabido resistir, forjando su heroica historia de clase; era la conminatoria inconsulta a un fin absoluto de esa historia o, al menos, de lo que ella era en los treinta y cinco años anteriores. Pero ¿no era acaso la minería estatal el núcleo fuerte de la acumulación que permitía la diversificación productiva del país y la inversión en el oriente? ¿No eran acaso los mineros, sus luchas y sus mártires los que habían

Álvaro García Linera

arrancado a la república del fango hacendal, los que reconquistaron la democracia? Ciertamente los mineros eran el alma virtuosa de la nación nacida en 1952. Y con esa conciencia de sí es que ahora los mineros ocupan la carretera para ir a interpelar al Estado. Mas la desdicha de los tiempos surgirá desde el momento en que la reconfiguración de la economía, de los soportes estatales y de la antigua condición proletaria, no su preservación, será el programa de las elites gobernantes.

Ciertamente que el excedente minero había creado la Corporación Boliviana de Fomento y sus más de treinta empresas productivas; eran las divisas mineras gestionadas por el Estado las que permitieron la comunicación expedita al oriente, las que lograron la universalización de la educación estatal gratuita, las que expandieron el comercio interno, las que aseguraban los salarios de los burócratas, de los maestros, oficiales y oficinistas. Era la minería la que permitía creer al migrante en la posibilidad de un ascenso social programable a largo plazo, articulando un imaginario colectivo de unidad social verificable y deseable. Igualmente, eran los mineros, apoyados en fabriles, los que habían apostado infatigablemente por la democracia como opción de intervención en los asuntos comunes, eran los fundadores de un sentido real de ciudadanía sumamente democratizadora a través de la figura del sindicato que se expandió hasta el último rincón de la geografía estatal. En fin, si algo existía de nación y de Estado en Bolivia, era por los mineros de las grandes empresas nacionalizadas, por su trabajo y sus deseos ¿Cómo entonces pensar en su disolución como sujeto productivo y como sujeto político, cuando ni en las dictaduras, que fueron sus enemigos jurados, jamás se les pasó por la cabeza deshacerse físicamente de este conglomerado social estratégico?

Por la sencilla razón de que presiones internacionales e intereses empresariales locales, vientos e intereses de los que los mineros jamás estuvieron separados en los años anteriores, apuntaban a otros rumbos en cuanto a lo que debiera ser la composición económica de la sociedad y la composición política del Estado.

Claro, si nos atenemos al marco general de los ciclos económicos propuestos por Kondratief²¹⁸, desde principios de los años setenta, las regiones

²¹⁸ Kondratiev, D. 1979 "The long waves in economy life", en *Beverly Hills and London Review*, N° 4; Brenner, R. 1999 *Turbulencias en la economía mundial* (Chile: LOM-CENDA); Dos Santos, Theotonio 1999 "La cuestión de las ondas largas", en *La globalización de la economía mundial* (México: UNAM-IIC).

Movimiento obrero

capitalistas más importantes habían entrado en una fase B o de descenso que contrajo las tasas de ganancia, estancó o declinó el crecimiento y contuvo los flujos de capital en inversiones. Esta declinación económica exacerbó la disputa del excedente: cierre de empresas con bajas tasas de ganancia, reducción salarial para ampliar los márgenes de ganancia empresarial y despidos para reorganizar la composición orgánica del capital, que en etapas de estancamiento se presenta rígida y estorbosa, fueron oleadas de medidas que comenzaron a barrer una tras otra a las naciones más industrializadas, a los consorcios más grandes y, a la larga, a las propias economías articuladas de forma subordinada como la nuestra y la de todos los países proveedores de materias primas.

El capital, como suma de iniciativas individuales, comenzó a desplegar tres vertientes en la búsqueda de superación de esta fase descendente y de estancamiento mundializado:

a) Potenciar a lo largo de varios años la acción de nuevas ramas productivas capaces de generar un paradigma tecnológico que, por las ganancias extraordinarias, la formación de nuevos mercados de consumo y la atracción de capitales, pudiera abrir un boquete de innovación que arrastre el resto de la economía, inaugurando al final de un periodo de diez a quince años un nuevo ciclo de onda A o de ascenso²¹⁹.

b) Lograr consolidar e irradiar una composición orgánica del capital (relación político-cultural y técnica entre el monto social que se invierte en salarios respecto al total de la inversión empresarial) que consagre una tasa de ganancias elevada, reestructurar las formas de trabajo que consagren tecnológicamente esta nueva composición y aseguren una tasa de ganancias apetecible para las nuevas inversiones²²⁰.

c) Deshacerse de las resistencias y antiguas reglas de negociación alcanzadas en la fase ascendente cuando el trabajo pudo imponer beneficios y derechos²²¹.

Por tanto, reconfiguración de la condición objetiva de la situación de clase por la introducción de nuevas ramas de producción, nuevas tecnologías, nueva organización del trabajo; pero también, reconfiguración de la trama de poder

²¹⁹ Wallerstein, I. 1996 *Después del liberalismo* (México: Siglo XXI).

²²⁰ Ceceña, A. E. y Barreda, A. (Coords.), (1996) *Producción estratégica y hegemonía mundial* (México: Siglo XXI).

²²¹ Boyer, R. y Durand, J. P. 1999 *L'Après-fordisme* (París: Syrios); Boyer, R. (1986) *La flexibilidad del trabajo en Europa* (España: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social).

Álvaro García Linera

entre trabajo y capital en el ámbito estatal por la reducción de la capacidad de negociación que introduce objetivamente el paro, la depresión y el despido que caracteriza la fase descendente de la economía mundial²²².

La destrucción de medios de trabajo, mercancías y fuerza de trabajo que acompaña esta fase de descenso en ocasiones ha desencadenado guerras donde la humanidad pareciera hundirse en el fango de la destrucción material y física, como en 1913-1918 con la Primera Guerra Mundial²²³ y en 1940-1945 con la Segunda Guerra Mundial; en ocasiones crea las condiciones de posibilidad de grandes cambios sociales, como en 1848 cuando se produjo la primera, y hasta ahora la única, revolución moderna *a escala* de toda el territorio capitalista de la época (Europa)²²⁴, o cuando dio lugar a los intentos, inmediatamente ahogados, de revolución social en la Rusia zarista en 1917.

Sin embargo, el aumento de las penalidades, los despidos, la contracción económica y la crisis no necesariamente desembocan en revueltas sociales. En general la miseria material engendra más miseria material, organizativa y espiritual de los sectores subalternos; la posibilidad de que estas fuerzas activen actos de resistencia y autonomía radica en la acumulación previa de experiencias, en la extensión de redes de acción y solidaridad, en la creación de certezas movilizadoras, en la confianza en la acción común y la capacidad propositiva acumulada en décadas anteriores, que en un momento de vértigo social, son capaces de catapultar al mundo del trabajo a prácticas autodeterminativas de gran riesgo y a gran escala. Que esto no hubiese sucedido en el mundo desde los años setenta, cuando se comenzaron a desmontar las estructuras organizativas de los trabajadores en Inglaterra, en EE. UU., en Italia, en Francia, etc., tiene que ver con que, a diferencia de 1848 y 1917, los sectores del trabajo más agredidos en sus beneficios y que eran el baluarte del espacio de autonomía laboral de los años anteriores, no sólo sufrieron una brutal contracción temporal y reestructuración interna, sino que en muchos casos sencillamente dejaron de existir, como los metalúrgicos, los obreros del carbón, de las manufacturas textiles y ciertos sectores de la industria automotriz. Frente a ellos, surgieron nuevas ramas productivas sostenidas en la elec-

²²² Beaud, S. y Pialoux, M. 1999 *Retour sur la condition ouvrière*, (Francia: Fayad).

²²³ Marramao, Giacomo 1982 *Lo político y las transformaciones*, (México: PyP).

²²⁴ Veraza, J. 1999 *Revolución mundial y medida geopolítica de capital; a 150 años de la revolución de 1848* (México: Itaca).

Movimiento obrero

troinformática²²⁵, con su infinidad de vertientes en la manufactura, la circulación y los servicios; o la expansión de la industria aeroespacial que creó un hueco de memoria y continuidad en la capacidad de resistencia del mundo del trabajo, de tal forma que para fines de los años noventa, el recorte en beneficios sociales, en salarios, en estabilidad laboral ha hecho regresar a una gran parte de la sociedad mundial a la precariedad del siglo XIX²²⁶.

En Bolivia, la lapidaria frase del presidente Paz Estensoro: “Bolivia se nos muere”, venía cargada de los mismos presagios. O se cambia el patrón de acumulación, la forma de regulación de la economía y se modifican las reglas de negociación-inclusión del trabajo, o Bolivia, entendida como el ámbito geográfico del dominio (barroco e híbrido) del capital, se acaba.

Si algo hay que reconocerle a Paz Estensoro es su olfato para nadar siempre a favor de la corriente de las reglas mundiales de la economía. En verdad, no es una virtud darse cuenta de las obviedades que requieren las clases dominantes locales para validar ése su sitio. Sólo es una buena dosis de pragmatismo y una cultura media respecto a lo que pasa en el mundo; claro que en un ambiente cultural raquíutico como el de las *elites* conformes de este país, ésa es una poderosa ventaja. Cuando había que ser nacionalista, bregar por la constitución del estado-nación, intentar vías de sustitución de importaciones, colocar al Estado como locomotora de la economía y benefactor social, como venía sucediendo en todo el mundo industrializado, Paz Estensoro hizo lo suyo desde sus dos primeros gobiernos, aunque siempre preocupado por el excesivo envaltonamiento de unos obreros insurrectos triunfantes que lo habían colocado en el timón del poder gubernamental.

Ahora en cambio, los vientos soplaban para pasar a la libre empresa, a la desregulación de los mercados, al cierre de empresas temporalmente deficitarias, a la apertura de fronteras, a la contracción estatal para integrar, a la esfera de la valorización empresarial y el mercado, áreas anteriormente gestionadas al margen de este criterio²²⁷. Había también que modificar las relaciones de poder estatal cambiando las técnicas de ciudadanía corporativa a fin de reducir beneficios sociales, elevar las posibilidades de rentabilidad con el abaratamiento de la fuerza de trabajo, garantizar inversiones extranjeras con la

²²⁵ Ceceña, A., *op. cit.*

²²⁶ Bourdieu, P. 1999 *La miseria del mundo* (Buenos Aires: FCE).

²²⁷ AA. VV. 1998 *Las reformas estructurales en Bolivia* (La Paz: Fundación Milenio).

Álvaro García Linera

desarticulación de formas de organización contestatarias de la sociedad civil y, en fin, dar por terminada una composición política de la sociedad²²⁸ que consagraba, para la anterior etapa de desarrollo del capitalismo local, normas de negociación y mercadeo entre el trabajo y el capital.

En este estrecho sentido del término, había previsión gubernamental, un plan, iniciativa histórica. El gobierno y ciertos sectores de inversionistas locales y extranjeros sabían más o menos que, para preservar su poder y ampliarlo, se tenía que dar un nuevo rumbo general a los ambiguos territorios donde desplegar las reglas del mercado y la industrialización.

Los trabajadores, el horizonte de previsibilidad de los asalariados organizados, en cambio, se habían quedado rezagados; peor aún, ese tapiz cultural y letrado que desde 1950 estaba adherido al cuerpo obrero a través de dirigentes sindicales “fabricados” y discursos políticos “inyectados” bajo múltiples formas partidarias de izquierda, carecía de cualquier otra perspectiva que no fuera el del capitalismo de Estado. Atrincherados detrás de un discurso estatizante, homogeneizador, disciplinante de la fuerza de trabajo y, sin esconder esas irrefrenables ansias de mirar a la plebe como una masa movilizable, educable, guiable y predispuesta a ser gobernada por la inmaculada “vanguardia civilizada” portadora del designio de las leyes de la historia, la izquierda simplemente había convertido el sueño del nacionalismo revolucionario y de la CEPAL, en una versión más radicalizada, en su “programa revolucionario”. Sólo podía ver entonces hasta dónde llegaba el capitalismo de Estado apoyado por las propias fuerzas capitalistas que potenciaban esta ruta. Cuando el capital dio un giro y se embarcó en la “libre empresa”, los formadores de opinión de la izquierda ya no supieron que hacer; en una escena cómica y ridícula, se quedaron sin fuerza, sin discurso o, a lo más, a seguir demandando un capitalismo de Estado a los propios capitalistas que lo estaban abandonando por obsoleto.

Sin embargo, no se trataba de una retórica sin influencia; de hecho se trataba de un discurso y una práctica política que adulaba disposiciones conservadoras dentro de la propia clase, que gatillaba estados de ánimo de querellantes, de obedientes, de demandantes tan arraigados en las clases subalternas, en detrimento de la práctica de soberanía, propositiva, autodeterminativa de la condición de clase trabajadora. Bajo estos estandartes se había constituido un *habitus* de clase y con ellos acudía a su encuentro con la muerte.

²²⁸Tapia, Luis 1999 *Turbulencias de fin de siglo* (La Paz: IINCIP).

Los fuegos de la insumisión y la masedumbre

La marcha por la vida fue también en parte el escenario de estas disposiciones culturales de clase del movimiento obrero. Como no podía ser de otra manera, la marcha multitudinaria de casi quince mil personas entre mineros, amas de casa, estudiantes y campesinos, cristalizó un modo plebeyo de reclamar al Estado. Ahí quedaba condensada una secular memoria colectiva de producir voz demandante a través de la explicitación del cuerpo social en movimiento. En verdad, es lo único que la multitud tiene de propio, de directo: su número, su agregación palpable que manifiesta la fuerza de masa. Aquí, la ocupación de las calles, de las carreteras es la verificación de una identidad de cuerpo de clase fundada en la intervención directa en la escenificación del agobio, de la injusticia soportada y en la voluntad de que eso cambie.

Es claro que en este acto de fusionamiento colectivo de indignación que se abre paso por la geografía, es un impetuoso acto de desposesión de la función parlamentaria como vertedero deliberativo de las pulsaciones sociales; la aglomeración actuante aquí se sobrepone como mecanismo de deliberación fáctica de los asuntos comunes. Se abandona el centro de trabajo, se ocupan las carreteras (Oruro-La Paz; Sud, Yungas-La Paz), y se recurre al tumulto para externalizar la palabra y el sentimiento de todos los trabajadores. Esto ya de entrada habla de la vigencia de una particular manera de haber interiorizado la ciudadanía en tanto ejercicio de derechos²²⁹, bajo la forma de asociación, de cuerpo movilizado. Se trata de una exultante interpretación ética de la vida en común²³⁰ entendida como asociación y movilización por centro de trabajo, por rama de actividad y por identidad laboral como forma de filiación social.

En este sentido la marcha vuelve a validar un modo histórico de entender la política como un hecho de masas mediante el cual: a) el trabajador asume una identidad corporativa por centro de trabajo y, b) este trabajador colectivo así constituido como sindicato interpela al Estado y ejerce, sin más mediación, su lucha por el reconocimiento y sus derechos públicos.

Esta manera de filiación política y de práctica política obrera era portadora de múltiples virtudes. Por un lado, permitió crear un sentido de responsabi-

²²⁹ Marshall, T. S. 1998 *Ciudadanía y clase social* (Madrid: Alianza).

²³⁰ Held, D. 1996 "Ciudadanía y pluralismo" en *La Política* (Barcelona: Paidós) N° 3.

Álvaro García Linera

lidad política sumamente arraigado en la vida cotidiana y la actividad laboral. Dado que para ejercer derechos y modificarlos el punto de encuentro y verificación es la unificación por centro de trabajo más su movilización, el acto de la política es una competencia socializada, practicada directamente por el trabajador como una más de sus funciones cotidianas. El papel de los especialistas de la “política” que monopolizan y privatizan este bien colectivo queda así en gran parte limitado, ya que hay una inclinación generalizada a conceptualizar el bien común como una competencia del común, de todos.

Por otro lado, la verificación de esta responsabilidad, por su propia cualidad de masa, no puede menos que practicarse a través de mecanismos de unificación colectiva como la asamblea, la marcha, la movilización, la rebelión. Esto significa que la representación simbólica²³¹ de lo que es la lucha por los derechos colectivos no sólo es un lugar de formación de una identidad social, sino que además sólo se puede ejecutar mediante técnicas asociativas comunalizadas, esto es, que son capaces de crear interunificación práctica y autónoma entre los trabajadores. De ahí que la medida de la democracia en toda la época en que prevaleció esta manera de entender la política, no fuera ni un problema cuantificable en votos ni en ingeniería de pactos parlamentarios, como lo es hoy. Democracia básicamente era la intensidad unificatoria por centro de trabajo del conglomerado laboral y el grado de permeabilidad del Estado para reconocer, oír y canalizar las demandas de la sociedad sindicalmente organizada.

Estos elementos, a su vez, han permitido forjar una autorrepresentación obrera en la historia signada por la unidad, la disciplina laboral y la movilización de masas. Dado que el obrero no puede mirarse a sí mismo sino más que a través de su cohesión con los demás y a todos juntos en estado de tumulto movilizad, hablamos de una identidad de clase caracterizada por la fidelidad a los mandos sindicales y el estado de congregación actuante.

Se trata de un auténtico pre-judicio de clase resultante de una lectura interna de la historia en la que lo único permanente en las luchas desplegadas ha sido el sindicato y la solidaridad de otros sindicatos. Mientras los pequeños partidos y los caudillos se disuelven ante las primeras balaceras, el sindicato está ahí para proteger a las familias, para cuidar a los hijos abandonados, dar trabajo

²³¹ Cassirer, E. 1998 *Filosofía de las formas simbólicas: fenomenología del reconocimiento* (México: FCE) Tomo II.

Movimiento obrero

a las viudas, para hacer conocer lo que pasa en otros campamentos, para enterrar a los muertos. En fin, ha sido el sindicato-en-lucha el lugar donde el ser desarraigado de la tierra y del *ayllu* encuentra un sentido de intelección de la vida, una nueva familia perenne que le devuelve la vivencia de integración y de trascendencia sin el cual ningún ser humano es capaz de sostenerse en pie. En fin, el sindicato, su disciplina, sus costumbres movilizadas son el lugar donde el obrero se puede mirar a sí mismo en la historia y proyectarse en el porvenir, de retarlo, de desearlo y hundirse en él. En este sentido se puede decir que el sindicato fue la única organización de clase obrera del siglo XX.

Por último, esta manera de entender y ejercer las funciones políticas fueron con todo, el único momento duradero, en las últimas décadas, en que la política dejó de sostenerse sobre la activación de redes de parentesco y el soborno del miserabilismo económico, tan propios del comportamiento de las clases dominantes y las clases subalternas. El patrimonialismo²³² y el clientelismo²³³ tan enraizados en los *habitus* señoriales de las clases pudientes y en los *habitus* dominados²³⁴ de las clases menesterosas, tuvieron en la forma sindicato, en particular obrero, el único lugar donde material y culturalmente y no sólo por medio de “llamados a la conciencia” como hoy, comenzaron a ser disueltas por prácticas y redes de filiaciones políticas modernas basadas en la adhesión y el compromiso ético.

Personas provenientes de los más distintos lugares geográficos, desprendidos de los tejidos de filiación sanguínea o de paisanaje se agrupaban por centro de trabajo para practicar desde ahí, sin mediación ni mercadeo de voluntades, su manera de intervenir en la gestión de los asuntos públicos. La extinción posterior de esta manera de hacer política, que trajo consigo la “relocalización” y el enseñoriamiento de los partidos políticos, regresará a la sociedad entera a los hábitos decimonónicos de la consagración política por la vía del linaje de las elites gobernantes y la extorsión de la pobreza de los dominados.

²³² Weber, M. 1987 “Sociología de la dominación”, en *Economía y sociedad* (México: FCE).

²³³ Bobbio, N. 1986 *El futuro de la democracia* (México: FCE); Quisbert, M. 1999 “Fejuve El Alto 1990-1998: Dilemas del clientelismo colectivo en el mercado político en expansión”, Tesis de Licenciatura, Carrera de Sociología, UMSA, La Paz.

²³⁴ Bourdieu, P. 1998 *La distinción* (Barcelona: Taurus); también, (2000) “Campo del poder, campo intelectual y *habitus* de clase”, en *Intelectuales, política y poder* (Buenos Aires: Eudeba).

Álvaro García Linera

Pero a la vez, hay un tronco de mansedumbre que se reconstruye a través de estas formas de entender la política. La marcha minera, en su euforia colectiva desparramada por la carretera, no se presenta en ningún momento para los mineros como un medio para arrebatar, para tomar de facto lo que se cree que es propio. Se puede decir que en todo el acto dramático de marchar lo que se está escenificando es la primordial manera de estructurar el mundo a la que está acostumbrado el obrero y según el cual su papel muchedúmblico y arriesgado lo es en tanto demandante, en tanto petionario alevoso y digno de lo que supone son sus derechos, sus necesidades y expectativas. Pero entonces aquí el derecho no es tanto una autoconciencia con efectos prácticos de la posición que uno ocupa en el mundo y mediante la cual uno ocupa el mundo; sino un gesto colectivo para obtener reconocimiento ante el Estado para obrar de una manera en el mundo. Es, en definitiva, en el Estado en quien el obrero se refleja para hacerse reconocer en sus prerrogativas públicas.

Ciertamente, es una apetencia política muy intensa la que se pone en marcha, y de hecho no es exagerado afirmar que los obreros, y en particular los mineros en toda esta época que va de 1952 a 1990, han interiorizado como un componente indisoluble de su identidad de clase la cercanía al Estado, la ambición de integración en el Estado.

Pero a la vez, no se trata de una presencia en el Estado como objetivación de un yo colectivo de clase; es decir, el minero no se ambiciona en el Estado como titularidad gubernativa. Al contrario, se ambiciona poderosamente en el Estado como súbdito, como seguidor, arrogante y belicoso, pero tributario de adhesión y consentimiento negociados. El obrero no se ha visto jamás, a no ser en momentos extremos y evanescentes, como soberano; pues el soberano no pide sino ejerce, no reclama sino sentencia.

Si bien el sindicato, movilizadado a lo largo de todos los años anteriores desde la revolución de 1952, fue capaz de abrogar el monopolio de las decisiones políticas basadas en el linaje, el conocimiento letrado y el dinero; nunca ha de abandonar la creencia de que el apellido, el dinero y el conocimiento letrado es el requisito imprescindible para gobernar.

Esto significa que la manera de proyectarse en el ámbito político es meramente interpelatorio, no ejecutivo; esto es, que el obrero a raíz de sus luchas se siente portador inexcusable del derecho a hablar, de resistir, de aceptar, de negarse a acatar, de presionar, de exigir, de imponer un rosario de demandas a los gobernantes, pero nunca ha de poder verse a sí mismo en el acto de gobernar.

Movimiento obrero

Es como si la historia de sumisiones obreras y populares practicadas desde el coloniaje se agolparan en la memoria como un hecho inquebrantable, adherido al cuerpo obrero y, empujara a la masa movilizada a enfrentarse al poder como simple sujeto de resistencia, de conminación, de reclamo y no así como sujeto de decisión y soberanía ejercida. La imagen que de sí mismo habrá de producir la condición obrera es la del querellante, no la del soberano²³⁵.

Hay una inclinación irreductible de este proletariado, y en general del proletariado moderno, a buscar sus derechos por mediación del Estado, lo que significa un reconocimiento implícito del Estado como representante general de la sociedad, como lugar de la constitución de un sentido de comunidad y adquisición de reconocimiento²³⁶. Pero, y esto es una singularidad de la formación de la condición obrera y popular en Bolivia, se trata además de una pertenencia dependiente, de una integración subordinada en el Estado. La actitud peticionaria en el ámbito obrero explicita la imprescindibilidad de la aquiescencia de los gobernantes para ejercer un derecho, porque pareciera ser que sin ese consentimiento, ese derecho careciera de legitimidad y validez. El mundo pareciese estructurarse de tal manera en el imaginario de clase que la propia identidad actuante como si sólo pudiera consagrarse públicamente mediante el reconocimiento positivo (conquista de derechos) o negativo (la represión y la masacre) por parte de los gobernantes. Sin duda se trata de un auténtico *habitus* de clase que a lo largo de la historia reconstituirá el núcleo conservador y dominado de la condición obrera. Es quizá en esta anhelante búsqueda de la mirada de los dominantes para poder certificar la presencia de los dominados, donde habría que ir a buscar la inclinación a un hábito mendigo de las clases populares o la predisposición a observar el cumplimiento de sus derechos como dádivas y favores personales otorgados por el personal gubernativo.

En la marcha, la memoria de estas sumisiones corporalizadas como sentido común, guían los gestos mineros que se despliegan en el pavimento. En términos estrictos, la marcha que con el pasar de los días llegará a cobijar a más de diez mil mineros será la más grande escenificación de esta sujeción de la clase a la legitimidad estatal. En general los mineros hacen lo que hacen para recordar al Estado que él no puede hacer lo que está haciendo, que no puede romper unilateralmente un pacto con los primordiales fuegos de abril cuando que-

²³⁵ Bataille, G. 1996 *Lo que entiendo por soberanía* (Barcelona: Paidós).

²³⁶ Honneth, A. 1997 *La lucha por el reconocimiento* (Barcelona: Crítica).

Álvaro García Linera

daron fijadas las prerrogativas y las dependencias entre dominantes y dominados; se marcha pues para forzar nuevamente la inclusión de los derechos del trabajo en el ordenamiento del Estado.

A nadie se le ha ocurrido marchar para desconocer a Paz Estensoro que incluso había ganado en varios de los distritos mineros en las recientes elecciones de 1985; se marcha pues como gesto ritual y recordatorio de los compromisos históricos hacia quien precisamente emblematisa la impronta obrera en la nación: Víctor Paz Estensoro.

Sin embargo, el que en este llamado a la reconstitución de los pactos inclusivos en el Estado los mineros recurran al gesto doloroso y sufriente del cuerpo colectivo señala hasta qué punto las inclinaciones insurreccionales con las que se forjó la correlación de fuerzas del Estado nacionalista han cedido su lenguaje vigoroso y arriesgado por la puesta en escena de un tormento colectivo a lo largo de trescientos kilómetros.

Ciertamente, en esto hay la reactivación de un imaginario de clase que narra su paso por la historia a través del recuento de las masacres, el dolor y la injusticia perenne de una patria ingrata que maltrata a quienes la sostienen. De ahí que se pueda decir que el movimiento obrero ha producido una narrativa sufriente de su devenir de clase, y donde el martirologio, la desgracia y las tribulaciones marcarán el único camino hacia lo que se considera una venidera redención ineluctablemente ganada a costa de tanta desdicha. La marcha, los pies sangrantes, la comida improvisada, la lejanía de los seres queridos, son los gestos mediante los cuales reconstruyen su memoria para interpelar al Estado.

Pero ahora hay una peculiaridad distintiva de este recuento de experiencias pasadas. Las experiencias de tribulaciones y actos de sufrimiento colectivo antes siempre fueron el resultado inesperado de demandas, de reclamos y luchas que los obreros se sintieron empujados a dar para obtener lo que ellos habían considerado como justo. Las penalidades colectivas emergían como respuesta brutal de unos gobernantes insensibles que no derogaba la creencia moral de la justeza de lo reclamado y que, por tanto, más pronto o más tarde sería nuevamente contra-argumentado con una nueva movilización de las certezas morales de la clase. La marcha, en cambio, es una producción de penalidades deliberadas, decididas por cuenta propia; no la respuesta sino el enunciado con el que se dirigen al Estado. ¿Qué es lo que ha llevado a esos mineros a recurrir a lo último que el ser humano utiliza cuando ya no tiene otras opciones, como es el cuerpo, como lugar de exhibición pública de dolor?

Movimiento obrero

La huelga de hambre o el suicidio en su versión más radical, siempre ha sido el último refugio del ser que inhabilitado de medios de poder e influencia ante sus interlocutores, arrojado a la impotencia absoluta, recurre al propio cuerpo, a la autoprivación y el riesgo de muerte autoinfringido como último recurso de libertad para eludir la cadena de imposiciones que le han arrebatado la posibilidad de ser reconocido. Es el último peldaño del ser dominado que está a la defensiva, que ya nada puede hacer para revertir su situación subalterna y que se refugia en el drama del cuerpo para lograr reconocimiento, mediante la conminatoria extrema del autosuplicio o la búsqueda de la muerte. Su efecto, en caso de darse, vendrá por el lado de remover los más básicos fundamentos morales de los dominantes en tanto seres humanos que podrán verse compelidos a otorgar un plus simbólico de credibilidad, de poder al dominado, a fin de integrarlo nuevamente al ámbito de la economía de derechos y concesiones sociales.

La dramática marcha por la vida de 1986, que abrirá un largo ciclo de marchas y crucifixiones populares en las siguientes décadas, marcará a su modo el nacimiento de una época de impotencias dramatizadas de las clases populares. La impotencia, puesta de manifiesto aquí, no es en aquella parte del espacio político definida por la capacidad de movilizarse en masa o por la obtención de solidaridad de otros sectores sociales. diez mil mineros caminando por días es, no cabe duda, una inédita acción multitudinaria, y el apoyo de los Comités Cívicos de Oruro y Potosí que entraron en huelga días previos²³⁷, más la adhesión de comunarios, pobladores y estudiantes, muestra esta amplitud de conquistar apoyo de otros conglomerados empobrecidos. La impotencia aquí se ha de dar en aquella franja central del espacio político que tiene que ver con la capacidad de generar *horizontes de organización y acción social propositiva*. Los mineros carecen de un plan de producir historia colectiva que vaya más allá del legado por el capitalismo de Estado, en su versión nacionalista o izquierdista (el llamado “socialismo”), y que en 1986 se derrumbará estrepitosamente frente a los atónitos ojos de los mineros.

La fuerza obrera, la identidad de clase consagrada revolucionariamente a través de la insurrección de abril, tuvo al Estado y a la economía estatalizada como su fundamento material y político. La fortaleza del Estado nacionalista

²³⁷ Pimental Castillo, J. 2000 “La marcha por la vida”, en *Problemas del sindicalismo* (Llallagua: UNSXX).

Álvaro García Linera

y de su basamento económico como la industrialización estatalizada fue simultánea a la fortaleza del movimiento obrero. De hecho, la posibilidad de la obtención del excedente social gestionado por el Estado que le permitió crear los primeros pasos de una integración territorial y económica, dependía de la minería y sus mineros. A su vez, los mineros podían tener la certeza de su importancia social y de su capacidad de producir efectos de reacción estatal, en la medida en que pertenecían a empresas estatales y el sindicato era reconocido como el modo predominante de ejercicio de ciudadanía²³⁸. De ahí que los hechos políticos sucedían de ese modo tan paradójico en que, si bien por una parte mineros y Estado aparecían como los más irreductibles opositores (bajo la forma elocuente de enfrentamiento entre mineros y militares), lo eran porque al mismo tiempo, en la raíz de la historia de ambos, cada uno era el engendro del otro y su extensión más duradera (bajo la forma de la gestión de la producción minera y circulación de los excedentes económicos).

Los mineros habían producido como ningún otro sector social las cualidades estatales de la vida política, y cuando los usufructuarios dominantes creyeron que había llegado el momento de romper ataduras y reconfigurar la relación de fuerzas al interior del Estado, los obreros no supieron qué hacer; carecían de opción y a lo único que se inclinaron de manera obsesiva fue rememorar la antigua composición de fuerzas, los añejos pactos inclusivos dentro del mismo ordenamiento estatal y económico. Carecían de plan histórico y, por primera vez en su historia de clase se volvieron conservadores, pues sólo atinaron a proponer la preservación de lo existente.

El minero, que había impuesto su sello al corpus espiritual del Estado nacionalista, se había desenvuelto en él y su campo de visibilidad era el que otorgaba ese ambiente cultural. Más allá de la retórica pseudo-socialista, el proletariado era nacionalista y con razón, porque fue dentro del programa nacionalista donde produjo su unidad, su identidad de clase, su épica, su ascenso social por vía el sindicato y su pequeño bienestar. Por eso, cuando el propio Estado inició el desmantelamiento de los pilares materiales y organizativos de la antigua trama estatal y de las antiguas adhesiones, se estaba evidenciando que las principales fracciones de las clases dominantes constituidas en

²³⁸ García Linera, A. 2000 "Ciudadanía y democracia en Bolivia, 1900-1998", en *Temas sociales, Revista de Sociología* (La Paz) N° 21.

Movimiento obrero

y gracias al Estado nacionalista, estaban delineando una nueva trama política donde el obrero quedaría desprovisto de su intrusión y protagonismo en el Estado. En cierto modo era una declaratoria de guerra, si entendemos la guerra como una abrupta ruptura de la relación de fuerzas sociales llevada a cabo por todos los medios, incluidos los de la violencia física.

El movimiento obrero inicialmente no lo entendió así, o no quiso entenderlo, y obró como estaba acostumbrado: reponer la economía de demandas y concesiones mediante la huelga, el paro y la movilización. Y cuando se percató de que lo que estaba en juego no era la forma de ese mercado político sino la propia naturaleza, el contenido de los vínculos políticos anunciado por el cierre de minas y la muerte de la condición material de clase, se sintió incapaz de producir un proyecto autónomo de orden social distinto al que había conocido hasta acá, y demandó el regreso al antiguo horizonte histórico del Estado nacionalista.

Con ello, se inició un ciclo de derrotas de largo aliento en el que frente a una iniciativa arrolladora de las clases pudientes, las clases subalternas no atinan más que a atrincherarse en la evocatoria de antiguos pactos sociales que la han arrojado a la pérdida de iniciativa histórica, de imaginación propositiva, de autonomía, que hoy, catorce años después, lentamente comienza a ser revertida por estructuras de movilización social de nuevo tipo como la Coordinadora del Agua y la Vida de Cochabamba.

El problema no fue por cierto, la falta de propaganda de los “activistas” que panfleteaban sus ofertas programáticas. Pensar que las clases sociales eligen sus rumbos en función de la influencia pedagógica de unos cuantos escribanos es reducir la sociedad a un aula escolar compuesta por párvulos ignorantes y maestros portadores del saber y, peor aun, pensar que la objetividad del devenir de luchas sociales y de las condiciones de clase pueden ser reemplazadas por los efímeros diagramas de las ideas.

La impotencia de horizonte histórico que emergerá en la marcha por la vida está anclada en hechos más poderosos que la propia constitución de las clases laboriosas, como son los hechos prácticos y los efectos materiales que las clases son capaces de desplegar al interior de las estructuras técnicas y simbólicas de su condición de clase. En particular, es en las características de las maneras de unificarse, de resistir, de proyectarse en el ámbito de la estructura técnica y organizativa del proceso de trabajo industrial, esto es, en la manera de constitución de la identidad política de clase contemporánea donde hay que ir a ras-

Álvaro García Linera

tratar la producción de sumisiones, dependencias y limitaciones de la clase obrera boliviana que emergerá al momento de la marcha y su desenlace.

En general, la condición obrera se ha caracterizado por la radicalidad de demandar y no tanto por la radicalidad de lo demandado al Estado y a la patronal. Desde los años veinte, el movimiento obrero ha creado una cultura reivindicativa centrada en el salario, los beneficios sociales, la alimentación, la protección familiar, la salud, la vivienda, el cuidado familiar que, ciertamente, poseen una absoluta legitimidad en tanto conquista de derechos sociales y laborales mínimos e indispensables para garantizar la continuidad del trabajo y la vigencia de una dignidad colectiva. Se trata en su totalidad de un conjunto de derechos articulados a la regulación del valor social medio de la fuerza de trabajo, esto es, refieren al ámbito de la valorización histórico-moral de la fuerza de trabajo²³⁹ dentro del espacio del mercado de la fuerza de trabajo. Se trata del punto de partida y del punto de llegada de la constitución del obrero como clase moderna, esto es, como portador de una mercancía que negocia los niveles de su realización mercantil y que a lo largo de la vigencia del capitalismo ha tenido fuertes implicancias políticas de tipo reivindicativo, como sucede en Bolivia.

Sin embargo, existe otro espacio probable de constitución moderna de la condición obrera que, emergiendo de la posición objetiva del sujeto que vende la fuerza de trabajo bajo las leyes de la lógica mercantil, inicia su desmontamiento simultáneo, por cuanto se pone a erosionar la propia constitución de la fuerza de trabajo como mercancía medida y regulada por el valor. Este espacio, que marca la franja crepuscular de la normatividad del capital como hecho económico, cultural y simbólico, es el de la auto-organización del trabajador al interior del proceso de trabajo en acto de disputa y modificación de la realidad técnica y organizativa del trabajo como trabajo asalariado, como trabajo para valorizar el valor. Son los actos de resistencia, de interunificación de los trabajadores para desplegar, corpuscular o ampliamente, estructuras de gestión de la realidad material del trabajo capaces de eludir la subsunción general del trabajo al capital, y, por medio de cuyas luchas vertidas de múltiples formas y a lo largo de décadas, van creando un tejido organizativo, cultural y simbólico en disposición de engendrar horizontes de historia social autó-

²³⁹ Negri, T. 1980 *Del obrero masa al obrero social* (Barcelona: Anagrama).

Movimiento obrero

nomos, proyectos de iniciativa histórica susceptibles de disputar el sentido general del devenir producido recurrentemente por las clases dominantes. Este nivel de autoorganización de clase es el que, con el tiempo, produce efectos políticos de tipo revolucionario que complementan y expanden ilimitadamente el tipo de *práctica política reivindicativa* surgida de la lucha por derechos laborales mercantiles. Otra manera de leer estos dos niveles de la lucha política en la sociedad moderna es que el primero compete al nivel del sistema social de libertades, en tanto que el otro compete al sistema de necesidades. Una lectura del socialismo como mera satisfacción del sistema de necesidades, al margen de la ampliación del sistema de libertades, es en general el que ha predominado en los antiguos partidos de izquierda con influencia en el movimiento obrero y que ha creado el ambiente intelectual y discursivo del enseñoramiento de la razón cultural del capitalismo de Estado y del discurso nacionalista.

El mundo obrero boliviano, precisamente ha cultivado un tipo de *práctica política* fundamentalmente *reivindicativa*, en tanto que las *prácticas políticas productoras de horizonte estratégico alternativo* han sido bastante restringidas por la reconstitución de sumisiones y mansedumbres al interior del campo de fuerzas de clase que se dan lugar dentro del proceso de trabajo y el proceso de producción en general. En cierta medida, el obrero boliviano, a diferencia de los trabajadores de otros países latinoamericanos, ha sabido llevar adelante una cultura de subordinación productiva basada en la sublevación intermitente y el lenguaje de masas. Pero a la vez, sistemáticamente se ha impuesto limitaciones, ha eludido o no ha creído necesario expandir luchas en el propio ordenamiento de la racionalidad productiva moderna, reconstituyendo continuamente los mandos organizacionales, los usos técnicos de los sistemas productivos, la intencionalidad sesgada de la productividad capitalista y los esquemas organizativos técnicos del trabajo objetivantes de la lógica empresarial y de la acumulación.

Los contados momentos visibles en que esta mansedumbre técnico-organizativa se ha puesto en duda a través de las propuestas de cogestión, señalan una búsqueda renovada por incorporar este ámbito fundamental en las estrategias de resistencia, pero por lo general han sido propuestas de elites dirigenciales que se han limitado a modificar cuestiones de administración y gestión externa, dejando de lado el espacio de la materialidad específicamente productiva del proceso de trabajo.

Que los mineros concurran a la carretera Oruro-La Paz con sus cascos, sus frazadas y unas cuantas dinamitas, pero sin una creencia aglutinante de lo que

Álvaro García Linera

podiera ser un devenir histórico autónomo, precisamente hallará sus condiciones de posibilidad en que éste tampoco había sido producido previamente desde el centro de trabajo. La estructura simbólica de clase quedará así fusionada al Estado nacionalista y, cuando éste comenzara a despedazarse, lo haría arrastrando a las propias estructuras mentales y organizativas del proletariado boliviano.

No ha de ser extraño entonces que los mineros que atraviesan Caracollo, Konani, Lahuachaca y Patacamaya no se estén movilizando para imponer un nuevo derecho legítimo, porque así lo han imaginado desde el momento en que lo han experimentado como prerrogativa deseada desde su fuente de trabajo; lo que se está pidiendo es que se cumpla con un derecho que ya se lo sabe impregnado en la antigua institucionalidad estatal. La experiencia del cuerpo, que representa en la carretera el dramatismo de la vida en los campamentos, se muestra también como lugar de enunciación de una mitología política de clase del obrero *en el Estado*. La autoridad de la Autoridad gubernativa no está en cuestión; sus atributos de decidir, delegados y tolerados por los propios gobernados, no son puestos en duda. Es más, tanto gobernantes como gobernados están siendo ratificados en sus respectivas posiciones políticas por obra práctica de los mismos gobernados, que no hacen más que reafirmar su posición de gobernados al momento de demandar la vigencia de sus antiguos derechos de gobernados.

Desde el momento en que se acude al gobernante para exigirle que no se puede quebrar impunemente los acuerdos primigenios se está convalidando tácitamente la delegación del poder de decisión y la separación reglamentada entre dominantes y dominados. El lenguaje colectivo de la denuncia de la transgresión moral del Estado que se manifiesta a través de los signos del cuerpo, de la gesticulación dramática de los dilemas sociales, exacerbará aun más la fatal impotencia de estos mineros heroicos que han cambiado las balas en los pechos por los callos en los pies para demandar lo que consideran sus derechos.

La marcha, desde su inicio hasta su cerco, será el recordatorio mímico de un pasado subalterno sostenido en la pertenencia de la minería al núcleo fundador del Estado-Nación; en los pliegues del belicoso lenguaje y la puesta en escena del testimonio del cuerpo, está la remembranza agónica de la centralidad del ser minero en el Estado, en tanto que la escenificación de la demanda pertenece al gesto del suplicio colectivo que pretende rasgar la máscara de indolencia que se han puesto los gobernantes.

Movimiento obrero

Atrás ha quedado la tentación de la ocupación y el levantamiento armado que había despuntado en el horizonte en las jornadas de marzo de 1985. Incluso, vistas desde el temperamento de esta nueva marcha, se puede decir que esas consignas gritadas entonces desde los camiones que los regresaban a sus distritos eran poco menos que efímeros destellos, en medio de un estado de ánimo signado por la pasiva espera de que “alguien” distinto a ellos, unos “doctores”, unos “jefes”, unos “militares”, tomen las riendas de los asuntos públicos para apoyarlos.

En años se había originado una larga cadena de hábitos colectivos, en donde los obreros se veían así mismos y actuaban como feroces opositores de gobernantes autoritarios o inquebrantables soportes de gobiernos y propuestas que ampliaran el campo de ejercicio de demandas populares. Pero en ambos casos no se habían visto a sí mismos como ejecutantes del acto de gobierno, como tampoco se veían a sí mismos como gestores del ámbito técnico productivo de la empresa. Siempre habían ordenado el campo significativo de la lucha en términos de *alguien* a quien resistir y de *alguien* a quien apoyar, sin necesidad de cuestionar la pertinencia de la existencia de “alguien” por encima de ellos. Es como si la identidad de clase requiriera para existir públicamente de un tercero inclusivo, de un portavoz²⁴⁰ que validara la existencia colectiva de la clase movilizada. Sólo que aquí, este “tercero inclusivo”, por la vía de la resistencia o el apoyo brindado hacia él, es un agente externo, que no pertenece ni a la clase ni a sus representantes directos, sino al mundo institucionalizado del Estado.

La marcha minera es así, un eslabón de estas luchas de reconocimiento no *en* el Estado, sino *por* el Estado como modo de validación de la propia presencia histórica de la clase obrera. Ante él, lo que se le dice ahora es que no puede abandonar a los obreros; el sacrificio de la marcha es el medio al alcance, el último en este caso, para llamar la atención, para pedirle que regrese a alguien que ya no está dispuesto a seguir moviéndose en el mismo espacio y con las reglas de juego a las que están acostumbrados los mineros. El cierre de operaciones no es la radicalización de las opciones del espacio compartido entre Estado y mineros; es sencillamente el fin del espacio social de la narrativa obrera de los últimos cincuenta años; en realidad el único que conoció y el que

²⁴⁰ Bourdieu, P. 1996 “La delegación y el fetichismo político”, en *Cosas dichas* (Buenos Aires: Gedisa).

Álvaro García Linera

interiorizó como substancia el proletariado. El fin de este espacio se comenzará a vislumbrar como el fin del proletariado, de las estructuras materiales y de las estructuras mentales de la condición obrera. Muchos hablarán de la extinción de la clase obrera²⁴¹. Sólo años después se darán cuenta de que el fin obrero, sellado en Calamarca, no será el del proletariado en general, sino el de un *tipo de proletariado*, de un tipo de estructuras materiales y simbólicas de la condición de clase y del largo y tortuoso proceso de formación de nuevas estructuras materiales y simbólicas que están dando nacimiento a una nueva condición obrera contemporánea en el siglo XXI.

Los diseños de una época amarga

El contenido de una época histórica se define, más que por una clasificación secuencial de sucesos, por el encuentro fundador de fuerzas sociales que, en un choque decisivo y en su resultado, producen la estructura duradera de las jerarquías institucionales, de las relaciones de poder consuetudinarias, de los saberes prácticos legítimos, de los esquemas mentales mundanos con los cuales la sociedad, a partir de entonces, da sentido a su existencia. Al mismo tiempo, reactualiza por otros medios, y en todos los espacios de la vida pública y privada, la conflictiva e inestable relación de fuerzas primigenias.

Una época histórica puede definirse, entonces, como la diaria rememoranza práctica y corporalizada, imaginada y objetivada, de un almacén relativamente estable de correlaciones de fuerzas sociales que fueron establecidos en un momento preciso y fechable de lo que Foucault llama una “prueba de fuego”²⁴²; y a partir de la cual, para re-producirlo, todos, dominantes y dominados, arman el horizonte de probables legítimos. A su vez, el fin de una época ha de ser la revocatoria y la lucha por la imposición legítima de otro almacén institucional y simbólico correspondiente a una nueva trama de la correlación de fuerzas entre los sujetos actuantes del escenario social.

La insurrección de abril de 1952, por ejemplo, es el punto de arranque de una época marcada por la irrupción altanera y violenta de la multitud sindical-

²⁴¹ Toranzos, C. 1989 *Nueva derecha y desproletarización en Bolivia* (La Paz: UNITAS-ILDIS).

²⁴² Foucault, M. 1996 *Genealogía del racismo* (Buenos Aires: Caronte).

Movimiento obrero

zada en la consagración de una ciudadanía expansiva. La composición estatal no hará más que consagrar, reglamentar y, a su momento, utilizar esta impronta obrera, adecuándola a los fines unificadores de las clases dominantes.

Los puntos de inicio y finalización de las épocas históricas son momentos desbocadamente propositivos, en los que la fuerza triunfante puede mirarse a sí misma como activa constructora de las circunstancias que luego, una vez enfriada la costra superior de la conflagración, harán de las personas lo que ellas son en la vida cotidiana. Abril de 1952, visto en términos de su efecto en la estructura social, fue un acontecimiento revolucionario porque trastocó de manera radical la situación de las clases sociales: derribó a unas, encumbró a otras, mejoró la posición de otras y, a partir de ello, se reconfiguró de forma y contenido las cualidades materiales del orden socio-económico. Visto desde la trayectoria de las clases subalternas, éstas transformaron su estado de dominación tradicional y lograron imponer un conjunto de prerrogativas y resistencias en la conformación del nuevo orden estructural de dominación.

El año 1986 trae, en cambio, otros signos de época. Vista en perspectiva, la marcha es la derrota de los límites populares de la vieja época. Las clases dominantes preservaron su poder ampliándolo a terrenos de gestión anteriormente vedados por la resistencia obrera. En este sentido, se puede hablar de un acto conservador, pero por *traslación*, esto es, un hecho transformador que renueva bajo nuevas formas el ejercicio de poder social por parte de las antiguas clases dominantes o, al menos, de la parte más importante de ellas. Desde las clases dominadas, es una revolucionarización de sus condiciones de existencia pero dentro del mismo esquema general heredado de su dominación; peor aún, es un momento de pérdida de prerrogativas, de retroceso en sus facultades autónomas e interpelatorias. Se trata de un cambio reaccionario que disuelve conquistas de derecho democrático para intervenir corporativamente en las decisiones estatales, erosiona sus capacidades organizativas, fragmenta técnica y materialmente su unidad histórica, disuelve grandes trechos de memoria colectiva, etcétera.

Desde el punto de vista del antiguo proletariado minero, en cambio, es su deceso cultural entendido como el fin de su protagonismo en la historia, al menos durante varias décadas; es la muerte de su iniciativa histórica, de sus certidumbres de clase, por mucho que su extinción física se prolongara por catorce años más hasta el año 2000, con la privatización de Huanuni y Colquiri.

Álvaro García Linera

Lo terrible de este momento fundador es que, a diferencia de 1952, donde cada una de las fuerzas antagónicas sabían o intuían a qué acudían a las calles, predisponiéndose a jugarse la vida por la búsqueda de sus intereses primordiales puestos en juego, en 1986 sólo una de las fuerzas, la dominante, supo cabalmente la importancia del acontecimiento que se avecinaba y por eso concurrió en traje de combate a la carretera: el ejército del Estado y un estado mayor de empresarios y ministros coaligados. Para este gran desenlace, las clases gobernantes desplegaron con anterioridad una eficaz batalla simbólica por los esquemas de enunciación legítima del mundo: se estigmatizó como antidemocrática la acción obrera, se habló de la “carga” que representaban los mineros de COMIBOL para el Estado y los contribuyentes, se atizó los temores de los pequeños propietarios urbanos respecto a la demoníaca prepotencia minera y, cuando la marcha rebasó los cordones de seguridad policial de Caracollo, una conjura cuartelaria de gran envergadura se puso en acción.

A estos preparativos de una inminente guerra que anunciaba la reestructuración despótica de la relación entre capital y trabajo, entre ciudadanía y Estado, los mineros respondieron inicialmente con el llamado a la reposición de la estratificación social inaugurada treinta y cinco años atrás; iban, por tanto, a una guerra sin saberlo o, al menos, sin querer reconocerla como tal.

El “volveremos pero armados” con el que se despidieron del pueblo paceño en marzo de 1985 y que era un lúcido presagio del irreversible anquilosamiento de la relación de fuerzas que sostenía el Estado nacionalista, quedó en nada.

El problema en agosto de 1986 no era que no había armas; en verdad nunca hay armas para la plebe facciosa, y la rebelión social es precisamente el auténtico modo mayoritario de obtenerlas. Lo que aquí contaba de la defección obrera es que los mineros no se veían ni se deseaban a sí mismos como un ejército en apuro de batalla. ¡Si lo único que pedían era que se respetaran sus antiguos derechos, que se reestablecieran los antiguos pactos! Su desarme era entonces ante todo espiritual y mientras éste se mantuviera no había posibilidad alguna de armarse materialmente.

A medida que la marcha avanzaba, la carretera se iba llenando de más mineros con frazadas, con más incredulidad ante las medidas gubernamentales de cierre de operaciones y con más demandas respetuosas.

Sin embargo, el guión de la historia no estaba escrito aún. El entorno humano que cobijaba de pueblo en pueblo a los mineros en marcha, las comu-

Movimiento obrero

nidades aimaras del altiplano, los humildes de El Alto, palpaban lo que sucedía y comenzaron a obrar en consecuencia. Miles de comunarios, de escolares asombrados, salen a saludar y a alimentar a los que consideran inevitablemente un ejército. Se puede decir que los agasajan como quien lo hace al que va a retar impudicamente a la muerte. Cada pueblo atravesado por los mineros festeja a estos “coyas locos” con música, ritual y variadas comidas dispuestas a los cuatro costados de las plazas. En la práctica se comienza a remontar ese infeliz desencuentro entre mineros y comunarios que continuamente ha fracturado la fuerza de acción de las clases populares.

Con el avanzar de los kilómetros los mismos mineros comenzarán a ser impregnados del encendido ambiente que prometía la cercanía de La Paz. Llegando a Patacamaya en una gran asamblea similar a la que todos los días realizarán en el pueblo de pernocte, surgió de entre los marchistas la propuesta de treparse a los camiones y llegar lo más pronto a la ciudad. Algunos dirigentes de sindicatos y activistas mineros ya habían tomado la precaución de traer dinamita junto a otras provisiones desde las minas. Grupos de militantes de lo que luego sería el Ejército Guerrillero Tupack Katari (EGTK), habían comenzado a juntar decenas de armas de fuego de largo alcance en las comunidades aimaras paralelas a la marcha minera. Otros obreros propusieron que había que salirse de la carretera y caminar de noche para eludir la inminente represión, y, más de mil mineros se adelantaron hasta Villa Remedios, quedando fuera de acción de las tropas militares que luego cercarían al contingente mayor de marchistas en Calamarca.

Comenzó a despuntar la constitución de un nuevo estado de ánimo más lúcido ante las señas de la época. Ésta no era una marcha cualquiera; era un acto resolutivo del posicionamiento estratégico de las fuerzas sociales: “ya no se debería marchar indefensos porque es inminente la represión”; “hay que llegar hoy mismo a El Alto porque el gobierno no va a permitir que lleguemos allí”; “se tiene que llegar al Alto para luego descolgarse a La Paz con los miles de pobladores que los estaban esperando”, fueron las argumentos de distintos oradores en la asamblea. Y ciertamente, la población humilde de El Alto como los fabriles, maestras de los mercados, gremiales, profesores, habían ya iniciado los preparativos para recibir triunfantemente a estos marchistas valerosos y sumarse a la movilización frente al gobierno. La presencia de mineros aparecía como la seña mediante la cual todo el malestar individualmente soportado, todo el desprecio recibido y silenciado habría de desembocar en un torrente de

Álvaro García Linera

indignación y resistencia con capacidad de acción colectiva. Se necesitaba en alguien en quien confiar; siempre se necesita a alguien en quien confiar para transubstancializar la miseria material y organizativa de los subalternos en capacidad propositiva de acción común autónoma.

Al final esa señal nunca llegó, incluso hasta ahora: de ahí la escasez de moralidad pública de esta época.

Más pudo la demagogia de un puñado de dirigentes sindicales sin brillo, sin valor, sin lucidez política, embobados en las virtudes de sus salarios parlamentarios y que, empequeñecidos ante la dimensión del significado epocal del gobierno movimientista y de la marcha, sólo atinaron a actuar en obediencia fatal a las reglas de juego tradicionalmente utilizadas con gobernantes anteriores: movilizar para pactar; enfervorizar el ánimo para luego mercadear en mejores condiciones la economía de derechos y concesiones²⁴³. No entendieron, incluso hasta hoy, que la marcha era el presagio del fin de época, la extinción de ese mercado de negociaciones entre sindicato y Estado y, junto a sus antiguos adversarios trotskistas que fomentaron la pelea por los extralegales para el retiro, encabezaron la responsabilidad de la muerte del proletariado minero, tal como éste existió desde 1940.

Desde Patacamaya los sucesos comenzaron a tomar un ritmo frenético. Rumores de represión, asambleas deliberativas para adelantar el camino, discusiones sobre si había que entrar en huelga de hambre llegando a La Paz, propuestas de pelear y resistir la represión, desplazamiento de más armas y activistas desde Cochabamba y Potosí para acercarse a la marcha. En medio de ello, el discurso conciliador de la dirección sindical que, curiosamente, no había sido reemplazada aún por un Comité de huelga como siempre sucede en estos casos. Uno de ellos, diputado, pondrá las manos al fuego garantizando la palabra de los ministros que le aseguraron dejar entrar la marcha a La Paz. Veinticuatro horas después, este hombre lloroso será escupido por las mujeres mineras al constatar tardíamente el paralizante engaño.

La palabra oficial de la dirección sindical acabará por preparar el escenario de la derrota. Ciertamente, no “fueron los culpables”, en la medida en que el devenir de las luchas de las clases sociales no dependen de la astucia o valentía de un buen o mal dirigente orgánico. Había ya una predisposición de largo

²⁴³Thompson, E. P. 1979 *Tradicón, revuelta y conciencia de clase* (Barcelona: Crítica).

Movimiento obrero

aliento que fue creando a lo largo de años y días la adversidad del momento y la impotencia histórica minera para mirar más allá del horizonte nacionalista; las pocas hendiduras por las que se colaban opciones de porvenir distinto eran eso, grietas escasas y tenues de alternativas en una muralla de condescendencias al orden establecido. Sin embargo, esos dirigentes y esos partidos nada hicieron para ampliar esas grietas de autonomía y horizonte estratégico alterno. Al contrario, cuando pudieron taponaron esas opciones y se dedicaron a adular el ya extendido conservadurismo colectivo, la mansedumbre de clase en la medida en que en ellas radicaba la preservación de sus privilegios, de su ascenso social personal.

Calamarca será el lugar del encierro, la derrota militar y la derrota histórica de la antigua estructura de la clase obrera dominante en todo el siglo XX en Bolivia. El 28 de agosto, se declara estado de sitio en todo el país y en Calamarca regimientos enteros de soldados y policías, tanquetas de guerra, aviones en un despliegue militar sin precedentes, de tropas de infantería y artillería rodean a los obreros y sus familias.

Los generales ríen: es la venganza final de la vergüenza de abril cuando les tocó a ellos desfilan con los uniformes volcados ante la torva mirada de victoriosos mineros armados. Los mineros ahora lloran su impotencia: es una derrota estratégica en toda la línea. Hasta ese día el proletariado minero era la substancia viva de la época; su trabajo la sostenía, sus luchas la garantizaban; sus sueños eran la más destacable fuerza productiva que la confirmaba. El colapso final de esa época que pasaba por el quiebre de la forma en que acontecía el trabajo productivo, en cómo se había formado la condición material y simbólica de clase obrera, se inició en Calamarca.

No se necesitó disparar un solo tiro para consumir la derrota; era tal la superioridad militar del enemigo y tal la inermidad espiritual de los mineros, tal la ausencia de un imaginario colectivo de un orden de cosas sociales que fuera más allá del Estado nacionalista, la estatización productiva y los pactos inclusivos de su dominación, que ya no había necesidad de muertos para convalidar la hecatombe y la derrota frente a la iniciativa histórica que desde entonces comenzaron a retomar las clases gobernantes.

¿Se podía haber intentado romper el cerco? Tal vez. Al menos eso fue lo que propusieron las mujeres mineras que no se resignaban a volver a la muerte silenciosa de campamentos abandonados. Habían nacido y crecido en el ambiente de asambleas y luchas comunes que preservaban el trabajo digno y el pan de los

Álvaro García Linera

hijos; no se rindieron antes y no aceptaban fácilmente hacerlo ahora, más aún cuando lo que esperaba al retorno era la extinción de su mundo, de su historia.

Quizá el intento de ruptura hubiera cambiado el posterior mísero destino de las familias mineras. Quizá la cuota de sangre hubiese dejado irresuelta en la pampa la fácil y contundente victoria política de los gobernantes. Por lo general, la sangre y los muertos en los mitos populares dejan pendiente una deuda que reclama a las siguientes generaciones un resarcimiento; son una convocatoria a la búsqueda de unificación actuante que satisfaga en el imaginario la recompensa, la reposición simbólica del sacrificio de la vida que podía haber sido la propia. Los muertos desempeñan el papel del tercero inclusivo, de la externalidad unificatoria, de la línea de sangre que amplía el parentesco simbólico, la pertenencia y la adhesión de una genealogía recordada por el recuento de los mártires. Quizá con ello la época posterior no hubiera sido tan descentrada y desapasionada como lo es hoy. Lo cierto es que, sin embargo, el cerco y la rendición sin batalla marcarán duraderamente el temperamento cultural de las siguientes décadas. Los obreros se despedirían de la historia de una manera amarga y descolorida. En la altiplanicie, rodeados de soldados subirán a los trenes sin nadie que los despida. No habrá estallidos de dinamita ni rostros altivos de quienes se arriesgan para saludar a la muerte. Los mineros tienen la mirada desplomada y se despiden sin gloria de esa patria y de esa sociedad a la que tanto amaron, a la que dieron todo su esfuerzo para sacarla del lodazal de la insignificancia y el temor vergonzante.

En Calamarca la condición obrera creada trabajosamente durante cincuenta años, se hará añicos como un vaso lanzado al pavimento y, con ello, nacerá otro mundo del trabajo, igualmente signado, hasta hoy, por la pulverización, la hibridez de sus asentamientos geográficos, la levedad de sus creencias, la ausencia de confianza y de lazos de interunificación.

Desde entonces y por más de una década, la historia de clase se hace trizas frente a la mirada atónita del obrero, que sólo experimenta pedazos fragmentados de vida, tránsitos temporales por un centro de trabajo en el que sabe no puede depositar su porvenir porque el futuro se ha vuelto una interrogante irreductible. El tiempo va perdiendo su homogeneidad para partirse en múltiples densidades correspondientes a las múltiples geografías en las que el nuevo obrero debe realizar su capacidad laboral.

Esta reconfiguración material del mundo del trabajo ha puesto fin a un tipo de identidad obrera y a un tipo de estructura material del trabajo asalariado,

Movimiento obrero

dando lugar al surgimiento de un nuevo tipo de estructura material y simbólica de la condición obrera que apenas comienza a dar sus primeros pasos en la configuración de una nueva manera de autopresentarse, de imaginarse en la historia, de organizarse y enunciarse políticamente.

En gran parte, se trata de obreros muchísimo más numerosos que hace dos décadas y extendidos en cada vez más variadas ramas de la actividad productiva²⁴⁴, pero fragmentados en medianos centros laborales industriales, en pequeñas factorías de subcontratación, en trabajos a domicilio que pulverizan en la geografía las posibilidades de reunión en grandes contingentes. Se trata además de trabajadores, por lo general carentes de contrato fijo, por tanto nómadas que van de un oficio a otro, que combinan la venta de fuerza de trabajo en productos o servicios por cuenta propia con la venta de fuerza de trabajo temporal por un salario; los pocos que tienen contrato fijo, han perdido la jerarquía de ascensos escalonados por antigüedad y son compelidos a una competencia interna de ascensos fundada en la habilidad, el aprendizaje, la sumisión y la polivalencia laboral. En su gran mayoría, se trata de obreros y obreras jóvenes, disciplinados/as en el individualismo urbano por la escuela, la familia y los medios de comunicación masivos; a diferencia de los antiguos obreros forjados en un espíritu de cuerpo sindical como garantía de derechos y ascenso social, los jóvenes obreros mineros, fabriles, constructores, petroleros de hoy, carecen de un horizonte de previsibilidad obrera, de estabilidad geográfica y de experiencia sindical que dificulta enormemente la formación de una densificada cultura de unificación y proyección social.

Con todo, y pese a todas estas pesadas estructuras que conspiran para una rápida articulación de lo que será un nuevo movimiento obrero y una nueva identidad de clase obrera, catorce años después de esa marcha aciaga, proletarios forjados en la antigua cultura de la adherencia obrera, pero lúcidos conocedores de la nueva realidad material y simbólica fragmentada de la condición obrera moderna, pondrán en pie formas organizativas como la Coordinadora del Agua y la Vida en Cochabamba. Estas formas, por sus victorias conseguidas, su fuerza de articulación de sectores laborales dispersos, por su producción de solidaridad popular en torno a una autoridad moral obrera, por la

²⁴⁴ Sobre la nueva condición obrera en Bolivia ver García Linera, A. 2000 "Procesos de trabajo y subjetividad en la formación de la nueva condición obrera en Bolivia", en *Cuadernos de futuro* (La Paz: PNUD) N° 5.

Álvaro García Linera

reactivación de la capacidad de creer de las clases subalternas en sí mismas y, ante todo, por la “recuperación de la capacidad de acción”²⁴⁵ o, mejor, por la producción de un horizonte de acción autodeterminativo, están dando lugar a una novedosa reconstitución del tejido social del mundo laboral y, en particular, de la identidad obrera contemporánea²⁴⁶. Se puede decir que, desde abril de 2000, estamos ante un *punto de inflexión histórico*: el del inicio del fin de esa época signada por el programa neoliberal que se inauguró con la derrota de la “marcha por la vida”.

La Paz, abril de 2000

²⁴⁵ Touraine, A. 1999 *Salir del liberalismo* (Barcelona: Paidós).

²⁴⁶ García Linera, Á. (coord.) 2000 *Estructuras materiales y estructuras simbólicas en el nuevo proletariado minero en la Minería mediana* (La Paz), en prensa.